

www.elboomeran.com

Irène Némirovsky

LOS BIENES DE ESTE MUNDO

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



salamandra

Título original: *Les Biens de ce monde*

Ilustración de la cubierta: Peter Ogilvie

Copyright © Éditions Albin Michel, 1947

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-575-5

Depósito legal: B-7.211-2014

1ª edición, abril de 2014

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

LOS BIENES DE
ESTE MUNDO

1

Estaban juntos; eran felices. Siempre vigilante, la familia se deslizaba entre ellos y los separaba con implacable suavidad, pero a los dos jóvenes les bastaba con saber que estaban cerca el uno del otro; lo demás se desvanecía. Era un anochecer de otoño, a orillas del Canal, a principios de siglo. Pierre, Agnès, sus respectivos padres y la prometida de Pierre se disponían a presenciar los últimos fuegos artificiales de la temporada. Apenas iluminados por las estrellas, los habitantes de Wimereux-Plage formaban grupos oscuros sobre la fina arena de las dunas. La humedad marina flotaba en el aire y una paz absoluta reinaba sobre ellos, el mar y el mundo.

Ambas familias, pertenecientes a la pequeña y a la mediana burguesía, no se frecuentaban. Mantenían su sitio y las distancias con cortesía, firmeza y dignidad. Rodeadas por sendas murallas de palas y sillas plegables, respetaban escrupulosamente las parcelas ajenas y defendían la propia con educación aunque sin titubeos, como la espada de buen temple, que se dobla pero no se rompe. «No toques eso, que no es tuyo —murmuraban las madres—. Perdone, señora, pero ese sitio es de mi hijo y éste mío. Guarda tus juguetes o te los quitarán.»

Durante todo el día había amenazado tormenta, aunque no acababa de estallar. Agnès pensó que sería estupendo mojarse los pies en el mar; pero la gente sólo se bañaba con el sol de mediodía, rodeada de una multitud, lo que en cierta forma preservaba el pudor de una muchacha. Oía suspirar a Pierre, que se quejaba del calor: llevaba una chaqueta oscura y cuello duro. Agnès lo reconocía por esa mancha blanca, que destacaba ligeramente en la oscuridad. Estaba tumbado en la pendiente de la duna y agitaba los brazos con impaciencia.

—Por amor de Dios, Pierrot, estate quieto —lo reprendió su madre, como si tuviera doce años, cuando ya había cumplido los veinticuatro; la afectuosa y autoritaria voz seguía ejerciendo poder sobre él, y Pierre obedecía.

Simone, su novia, estaba sentada entre Agnès y él. Pierre tenía la cabeza vuelta para no ver los extremos de su cinturón de tela claro y sus rollizos y blancuzcos brazos. Aquella chica, pensaba, parecía hecha de leche, de mantequilla, de nata. Era curioso: antes solía mirar con agrado la lozana y suave carne de Simone, su grueso y blando talle, su cabello rojizo, pero desde hacía un tiempo le revolvió el estómago, como una comida demasiado pastosa, demasiado dulce. No obstante, estaban prometidos. Al cabo de una semana, sus respectivas familias se reunirían para la gran cena del compromiso oficial. Agnès y Pierre no se hacían ilusiones. Por no hacerse, ni siquiera se habían hecho promesas. Era inútil. Los padres de Pierre eran dueños de la Papelera Hardelot de Saint-Elme; los de Agnès, cerveceros. Una unión entre ellos sólo le habría parecido posible a un extraño, a alguien de fuera. La gente de Saint-Elme no se engañaba; captaba lo que separaba ambas posiciones sociales con una perspicacia y una finura infalibles. Aquellos cerveceros eran de extracción modesta y además procedían de Flandes, ni siquiera eran

de la región. Los Hardelot eran de Saint-Elme. Y aún había otros obstáculos. Pierre debería estar desesperado, pero era feliz. Agnès estaba allí. Estaban juntos.

Los fuegos artificiales no empezaban y los hombres se permitían cierto abandono: estiraban las piernas, se apoyaban en un codo.

—Pero nadie se revuelca como tú. Eso no se hace —le susurró la señora Hardelot a su hijo.

Las mujeres estaban sentadas en la arena como en sillas de un salón, con el busto erguido y la falda cubriéndoles los tobillos. Cuando, agitadas por el viento, las resacas brizas de hierba les rozaban las pantorrillas, juntaban castamente las piernas. Llevaban largos vestidos negros y cuellos de lencería almidonados y armados con ballenas, que les apretaban y les hacían volver la cabeza a derecha e izquierda con bruscas sacudidas, como gallinas que picotearan una lombriz. De vez en cuando, la luz del faro descubría sobre sus sombreros todo un arriate de flores de gasa y terciopelo que temblaban sobre sus tallos de alambre. Aquí y allá se veía una gaviota de puntia-gudo pico disecada en lo alto de un canotier, como dictaba la última moda, la sensación de la temporada, aunque había quien lo encontraba un poco atrevido. Aquel pájaro con las alas extendidas y los redondos ojillos de cristal resultaba un tanto aparatoso, pensaba la madre de Pierre mirando a la madre de Agnès y comparando el sombrero de su vecina, adornado con plumas grises, con el suyo, salpicado de margaritas. Pero la madre de Agnès era parisina. Había matices que no percibía ni comprendía.

No obstante, parecía deseosa de agradar. Decía: «Sí, opino lo mismo», «Yo también lo creo». Sin embargo, su humildad tampoco inspiraba confianza. Se sabía que antes de casarse Gabrielle Florent había tenido que trabajar para vivir. Ella misma admitía que había dado lecciones

de canto. Tal vez. Pero una profesora de canto bien podía haberse codeado con actrices. Pese a todo, en Saint-Elme la recibían en todas las casas, porque de su conducta actual nada podía reprochársele. La recibían, aunque sin bajar la guardia.

Para Agnès, para su porvenir, habría sido mejor una acusación concreta acerca del pasado de su madre que aquellas vagas sospechas, aquellos cuchicheos a su paso, aquellos meneos de cabeza, aquellos murmullos. «¿Tienen familia en París? Me parece que en su juventud madame Florent no era nada fina. Su hija no encontrará marido fácilmente. Yo no la veo casada. ¿Y usted?» El señor Florent había muerto hacía tres años, y sorprendía que la viuda se hubiera quedado en Saint-Elme. «No debe de tener más familia», comentaba la gente de Saint-Elme con malevolencia, pues la carencia de parentela abundante se les antojaba sospechosa. «Ella cuenta que perdió a todos los suyos»; pero ésa no era una excusa: una buena familia burguesa debía ser lo bastante grande y resistente como para hacer frente a la muerte.

—¡Los fuegos artificiales, van a empezar los fuegos artificiales! —anunciaron unas voces infantiles.

Detrás de una duna había surgido una estrella de oro que ya desaparecía entre las olas. La gente se levantó, curiosa y regocijada. Los habitantes de Wimereux-Plage no andaban sobrados de diversiones: en la sala del casino se jugaba a la ruleta de caballitos y a veces visitaba la población alguna compañía de teatro parisina. Los fuegos artificiales no costaban mucho. El mundo aún se regía por los sanos principios del ahorro.

—Ponte aquí, Agnès... —propuso Pierre—. Aquí, delante de mí, lo verás mejor...

Pero cuando ella quiso acercarse, encontró a Pierre flanqueado por su madre y su novia. El chico le dio la mano para ayudarla a subir la pendiente de la duna.

—Colócate detrás de Agnès, Charles —se apresuró a decirle la señora Hardelot a su marido—. ¡Eres tan alto! No la dejas ver, ¿verdad, pequeña?

Así que Pierre, rodeado por tres lados, estaba protegido como una fortaleza.

—Hace demasiado calor —dijo, apartando a ambas mujeres con cierta brusquedad—. Prefiero tumbarme en la arena.

Sin atreverse a moverse y con la cabeza baja, Agnès se esforzaba por no llorar.

Pese a ser vecinos, los Hardelot y los Florent apenas se veían durante el invierno. La gente de Saint-Elme tenía auténtico talento para ignorar lo que no quería saber, como si pudiera volverse ciega y sorda a voluntad. ¡Con qué delicadeza apartaban de su camino lo que les desagradaba! Dos familias podían vivir puerta con puerta durante veinte años sin intercambiar una mirada. Sin embargo allí, en Wimereux, era distinto. En su juventud, el padre de Agnès y Charles Hardelot habían comprado sendas parcelas frente al mar y sus villas eran contiguas. Era una casualidad, y el buen emplazamiento primaba sobre cualquier otra consideración. Negarse el saludo no habría sido de recibo. Además, en verano no tenía importancia, pensaban los Hardelot. Era como si sus costumbres, sus prejuicios, sus prevenciones fueran producto de su entorno, del ambiente. Lejos de casa se volvían más tolerantes, como los insectos que sólo clavan el aguijón cerca del nido.

«Y nos separaremos para siempre... —pensaba Agnès—. Él se casará y yo... Pero al menos, ¿me quiere? Nunca me lo ha dicho... Como sabe que no podemos casarnos, piensa que no sería honesto —razonó—. Si me quisiera, lo seguiría al fin del mundo.»

—Mira qué bonito —dijo la señora Florent inclinándose hacia su hija.

—¡Oh, sí, precioso! —respondió Agnès con voz temblorosa, incapaz de ver nada.

Un haz de estrellas se elevó hacia el firmamento y luego descendió, iluminando a la muchedumbre, con un largo silbido semejante al de un chorro de vapor. Todos los rostros estaban alzados: el de Pierre, delgado y moreno, con una amplia frente y una boca pequeña bajo el ralo bigote castaño; el de la señora Hardelot, redondo, suave y pálido; el de Simone, con su papada; el de Agnès, que seguía mecánicamente el movimiento de los demás, fresco y fino, con su tez de rubia y sus cabellos negros.

El cielo se llenaba de llamas, cornucopias, resplandecientes ruedas... Luego todo se apagó y la noche pareció más oscura. El aire olía a humo. Una sola estrellita verde, perdida, como huérfana, permaneció un segundo en el cielo y a continuación se precipitó hacia las dunas a gran velocidad. La muchedumbre soltó un «¡Oh!» de decepción, pero al ver que hacia el este se encendían nuevas figuras (un gallo, una fuente, primero blanca, después salpicada de oro y por último tricolor), manifestaron su alegría dejando escapar un «¡Aaah!» de satisfacción, mientras el llanto de un niño se elevaba en la oscuridad.

La fuente se desvaneció y se secó. Los últimos cohetes se hundieron en el mar. Los fuegos artificiales habían terminado. Los Florent y los Hardelot se dispusieron a regresar a casa. Abrió la marcha Charles Hardelot. Sus anteojos relucían a la luz del faro. Llevaba los zapatos y los calcetines en la mano y el pantalón remangado hasta las rodillas; era difícil caminar por las dunas de otro modo: aquellas colinas, aquellos valles de arena que se deshacían y volvían a formarse sin cesar, se deslizaban en forma de finos chorros blancos que crujían en el interior de los botines y las medias. Las señoras, que lo sabían mejor que nadie, avanzaban penosamente haciendo muecas y apoyándose unas en otras; por supuesto, la idea de descalzarse

no les habría parecido menos disparatada que quitarse el corsé. Las jóvenes caminaban en silencio junto a sus madres. Pierre no los acompañaba.

—Ha dicho que quería pasar por el casino antes de regresar a casa —explicó su madre con desaprobación; y, volviéndose hacia su marido, le susurró muy bajo—: No te duermas hasta que llegue, para enterarnos de la hora.

—¿Sabes qué te digo? —respondió él en el mismo tono—. Estaré más tranquilo cuando volvamos a Saint-Elme y se case. Temo la vida disipada de los balnearios —añadió.

Tras sacudirse la arena de las musculosas y nudosas pantorrillas y los largos y frágiles tobillos, se calzó de nuevo sin dejar de negar con la cabeza con cara de preocupación.

En el paseo, algunas farolas encendidas iluminaban las villas, construidas entre las dunas y el pinar. Se llamaban «El Descanso», «El Placer», «El Chalet Suizo», «Las Olas»... Todas eran parecidas, con altos tejados puntia-gudos, balcones de madera calada y ventanas estrechas adornadas con guijarros y conchas. Las de los Hardelot y los Florent eran las últimas del dique. Después el paseo se transformaba en una pista arenosa. La escalinata de la entrada y los senderos de los modestos jardines también estaban cubiertos de arena. Wimereux se preparaba para el descanso nocturno. De trecho en trecho se veía una luz traspasar los postigos y luego apagarse. Todos se parapetaban contra el viento nocturno y el fragor marino. No se oían cantos ni gritos: los moradores de Wimereux eran «gente bien». Se decía que más abajo, en la costa, habían construido un hotel de lujo, frecuentado por hombres que vestían esmoquin para cenar y mujeres que montaban a caballo diariamente. Allí se bailaba y se jugaba hasta el amanecer. Pero esos forasteros no eran objeto de envidia. Aquello ocurría muy lejos, se diría que en otro planeta, y no merecía consideración ni despertaba interés alguno.

En los umbrales de las puertas, las familias intercambiaban largas y ceremoniosas buenas noches. Tiraban de la mano de los adormilados niños y subían en fila india los ligeros peldaños de madera clara, que olían a resina y miel.

Simone subió a su habitación, situada entre la del abuelo y la del matrimonio Hardelot. Pierre se acostó en otra planta, lo más lejos posible de su novia, para que el hecho de que un chico y una chica jóvenes durmieran bajo el mismo techo no despertara la menor sospecha. Atrancaron las puertas, cerraron las ventanas con pestillo y miraron debajo de las camas. En su apacible universo, no veían más que peligros, toda suerte de amenazas.

En su casa, Agnès levantó un extremo de la cortina esperando ver llegar a Pierre por el paseo, pero procurando que no la descubrieran. Qué escándalo si se hubiera sabido que no estaba durmiendo, sino esperando... ¿a quién? ¡Al novio de otra! Pierre no aparecía. Una densa y grata neblina ascendía del mar. Estaban a comienzos de septiembre. El otoño se empezaba a notar. El aire iba perdiendo su tibieza y se volvía fresco y húmedo. Agnès seguía a la espera. Eran casi las doce. Las farolas fueron apagándose una tras otra. A medianoche, Wimereux ya dormía. Oh, por fin, por fin oyó el chirrido de la puertecita de madera, empujada por Pierre. Había vuelto. No con ella, sino con Simone, pero había vuelto. Por unos instantes, siguió ante la ventana quitándose lentamente las horquillas que sujetaban su largo cabello. La playa y el mar permanecían ocultos tras la bruma. Sólo se oía el leve murmullo de las olas, como un suspiro humano.

2

La señora Hardelot y la señora Florent se disponían a bañarse. Habían alquilado una cabina a medias. Un caballo arrastraba hasta la orilla la descolorida *roulotte* donde ambas se cambiaban, púdicamente ocultas detrás de dos cortinas improvisadas con toallas. El animal avanzaba lentamente. El sol inundaba la cabina. Habían atravesado la zona de las dunas, los cardos y los pequeños claveles silvestres y estaban acercándose a la orilla. Por el tragaluz, la señora Hardelot saludó a su marido, que estaba pescando camarones: con el viejo sombrero de fieltro empapado de agua y, a la cintura, un cestito de mimbre con las palabras «Wimereux-Plage» bordadas en rojo, sujetaba con una mano la red y con la otra los anteojos, que no paraban de caérsele. Su mujer lamentaba por él que se acabaran las vacaciones, pues disfrutaba como un niño con aquellos inocentes pasatiempos, pero ella estaba impaciente por volver a Saint-Elme y sus rutinas. Gruesa, fofa y de movimientos lentos, de pie con su corsé rosa, pensaba distraída que el agua estaría fría y que, al meterse, la señora Florent soltaría unos grititos ridículos. Y pensaba en Pierre, en la cena del compromiso, en la pobre Agnès, tan visiblemente enamorada de él, en el anillo de pedida (¡qué caro era todo!), en la dote de Simone, en el amor, en el matrimonio,

en la vida... De vez en cuando, al tiempo que iba quitándose las medias de algodón negro enrollándolas, dejaba escapar un débil suspiro.

La señora Florent se desnudaba echando ojeadas al espejo de la pared: se las había arreglado para que el único que había en la cabina quedara en su lado. Estaba melancólica. Los planes de boda entre Pierre y Simone tenían alteradas a ambas madres: una paladeaba la dulce satisfacción de ver entrar en su familia la cuantiosa dote de la joven huérfana, mientras que la otra se sentía frustrada. Y no es que la señora Florent albergara la menor esperanza para Agnès: los Hardelot habían dado a entender con suficiente claridad que una unión entre Agnès y Pierre les parecía impensable. Pero era humillante ver que otras se casaban y su hija no, humillante e injusto. «Desde luego —pensaba—, como partido, Agnès no puede compararse a Simone; pero ¿y la cara, la figura, el cabello? En definitiva, mi cara, mi figura y mi pelo cuando era joven. Eso también cuenta, digo yo. Esa Simone parece una vaca...»

—Su futura nuera tiene un carácter encantador, tan tranquilo, casi plácido... —dijo en voz alta, por asociación de ideas—. ¡Qué cualidad tan maravillosa en una mujer! Yo, que padezco de los nervios, la admiro, pues es un atributo que no poseo. Y ese buen color, ese cabello tan bonito...

—Sí, es una buena chica —respondió la señora Hardelot, adoptando instintivamente un tono modesto y orgulloso de propietaria.

Pero no podía elogiar a Simone sin reservas: no convenía mostrarse bobamente satisfecha de haber concertado aquella boda. Simone estaba bien, sin duda; pero ¿y su hijo?

—La encuentro un poco reconcentrada —matizó tras un breve silencio—. Y no sé si su carácter es como usted cree... Puede llegar a mostrarse muy testaruda —añadió

bajando la voz, pese a que sólo el cielo y las olas podrían haberlas oído—. No siempre es fácil de manejar.

—Le ha faltado la influencia apaciguadora de una madre —aseguró la señora Florent con sentimiento—. Perdió a la suya muy joven, ¿verdad?

—Sí, muy, muy joven —confirmó con viveza la otra, que, barruntando un comentario desagradable, hubiera querido explayarse, como se dice en el teatro.

Pero la señora Florent no dejó pasar la ocasión:

—Sí, es curioso que muriera tan joven... Sin embargo, Simone parece gozar de una salud excelente.

—Su madre murió de pena al enviudar —replicó la señora Hardelot con sequedad—. En cuanto al padre, perdió la vida en un accidente de automóvil —añadió en tono triunfal.

La señora Florent guardó silencio. En realidad, Simone tenía un aspecto tan lozano que no podía dudarse de su salud.

—Simone se parece a una barbaridad a una amiga mía que se casó muy joven —acabó diciendo—. La pobre... no pudo tener hijos. A veces, a las chicas rollizas y sonrosadas les sucede, ¿lo sabía?

—¿Pedimos que paren el caballo? —le preguntó la señora Hardelot, observando con preocupación el avance de las olas, pues llegaban al primer peldaño de la escalera—. ¿Está preparada?

—Sí, ya voy.

Salieron. Llevaban trajes de baño de lana negra compuestos de túnicas estrechadas en la cintura y pantalones bombachos. El viento marino hizo volar las túnicas e hinchó los gorros de hule como globos. El de la señora Hardelot era de color verde ácido; el de la señora Florent, naranja.

Antes de meterse en el agua, las dos vacilaron. La señora Florent la tocó con la punta del pie.

—¡Qué fría está! —exclamó.

Se quedaron en la puerta de la cabina. De vez en cuando, se agachaban y una y otra sumergían las manos, adornadas con sendas alianzas de oro.

—¡Cuántas preocupaciones, cuántos problemas para usted este invierno, mi querida señora Hardelot! ¡Una boda en la familia! Pero también ¡cuántas alegrías!

Llevándose una mano a la frente para protegerse del sol, la señora Hardelot sonrió. El descontento de la señora Florent le permitía, por contraste, calibrar al fin su propia dicha. Así, cómodamente sentada al aire fresco, al sol, sin corsé, con los brazos y las piernas libres y relajados, saboreaba una profunda paz; se sentía colmada, feliz. Tenía un marido al que quería y el mejor de los hijos. La papelera iba viento en popa. Su suegra había muerto. Pierre hacía una boda excelente. En su corazón, dio gracias a la Divina Providencia, que había cubierto de rosas su camino y le había infundido fuerzas para soportar cristianamente las espinas: el carácter de su suegro, la mala conducta de Joséphine, la nueva criada... Se sentía propensa a la caridad. Miró a la señora Florent con comprensión. Pobre mujer, viuda, sola en el mundo...

—Pero ¿y usted? ¿A qué espera?

—¿A qué se refiere?

—Pues... a que la siguiente debería ser Agnès.

Las dos se miraron. Los ojos de la señora Florent preguntaban: «¿Habla usted por hablar o tiene a alguien en mente?» Y la sonrisa de la señora Hardelot respondía: «¿Por qué no hacer feliz al prójimo si su felicidad no perturbará la mía?» Movié la barbilla varias veces con benevolencia.

—Había pensado...

En ese instante, una ola más grande que las demás rompió ruidosamente contra la base de la *roulotte* y salpicó la escalerilla. Entre chillidos, risas y saltitos, las dos mujeres bajaron pesadamente al agua.

—¡Ay, ay, qué fría está! ¡Me he mojado hasta la espalda!

—¡Métase! ¡Métase del todo!

—¡Usted primero!

—No, deme ejemplo.

Pero, a pesar de las bromas, ninguna perdía el hilo de sus pensamientos.

«¿En quién habrá pensado? —se preguntaba la señora Florent, echándose agua por la espalda y temblando a la vez de miedo y placer ante su fresco y vivo contacto—. ¿En quién?», pues conocía a todos los jóvenes casaderos de Saint-Elme.

Entretanto, la señora Hardelot se agachaba entre las olas y volvía a levantarse delicadamente, agitando los brazos e imaginándose que nadaba. La corriente las acercaba entre sí y luego las separaba con brusquedad.

—¿Es alguien a quien conozco?! —chilló al fin la señora Florent, muerta de impaciencia.

La otra asintió sonriendo.

—¿Alguien de buena familia?

—Por Dios, mi querida señora Florent, ¿se lo propondría de no ser así...? —respondió la señora Hardelot, interrumpiéndose para escupir el agua salada que le había entrado en la boca.

—¿Adecuado en cuanto a su edad, su situación y su fortuna?

—Hay una ligera diferencia de edad...

—¿Ah, sí?

—Cuarentón.

—No sé si Agnès...

—Hacerla entrar en razón es cosa suya. Es el hijo de Lumbres.

—¿De Lumbres?! —exclamó la señora Florent, decepcionada—. Pero ¡son comerciantes!

Los Lumbres tenían una relojería en Saint-Omer.

—Comerciantes que se sacrificaron para dar estudios a su hijo. Ahora es médico y le va muy bien. —La señora Hardelot hizo una pausa y, por encima de una ola, añadió—: En París...

«¡Ah, era eso! —pensó la otra, sonriendo disimuladamente—. Agnès casada en París, lejos de la joven pareja... Sería lo ideal para los Hardelot. ¿Y por qué no, Dios mío? ¿Por qué no?», se dijo, imaginándose instalada en París. Su hija podría alojarla...

—¿Cuarenta, dice usted?

—¡Oh, pero no los aparenta!

—¿Con buena salud?

—¿Conoce al viejo Lumbres? Tiene la edad de mi suegro. Es fuerte como un roble.

—Habrá que pensarlo, habrá que pensarlo... —murmuró la señora Florent, abismada en sus cavilaciones.

Una nubecilla tapó el sol. A las mujeres les entró frío.

—¿Subimos? Ha sido un baño delicioso.

—Muy tonificante —convino la señora Hardelot; le castañeteaban los dientes.

Salieron del agua. El bañador de lana negra estaba pensado para disimular las formas naturales de la mujer. Ambas parecían vestidas con sacos, pero el viento hinchaba el tejido húmedo y creaba extrañas y monstruosas protuberancias en el pecho y el trasero. Empezaron a desnudarse. Ya no hablaban. El caballo comenzó a arrastrar la cabina a paso lento. Sin haberlo comentado, las dos sabían que la presentación se produciría durante la cena del compromiso entre Pierre y Simone. Las presentaciones de ese tipo tenían como escenario habitual la boda o el anuncio del noviazgo de otros. En aquella tranquila provincia, donde no se estilaban los bailes, esas solemnidades eran una especie de ferias a la que cada cual llevaba lo que quería vender.

«Yo no me casé así», pensaba la señora Florent.

Era cierto que había tenido que dar clases para vivir. Tras la muerte y la ruina de los suyos, se había quedado huérfana muy joven. Era profesora de canto y soñaba con pisar los escenarios, hasta el día en que conoció a Florent en casa de unos alumnos... Satisfecha, se dijo que ella no había perdido el tiempo, que había sabido maniobrar con habilidad y había conquistado y llevado al altar a Florent en un visto y no visto. En su momento, esa boda le había parecido muy afortunada y ventajosa. Ahora pensaba: «¡Bah! Con mi figura y mi pelo...» Pero ahora no se trataba de ella. Reprimió un leve suspiro.

La cabina salió del agua y retomó el camino habitual a lo largo de la pista de arena, salpicada de claveles silvestres. En lo alto de la duna, Charles Hardelot agitaba orgulloso el cesto lleno de camarones. Avanzó al encuentro de la *roulotte* y ayudó a bajar a las señoras. Llevaban largas faldas blancas de piqué, sombreros de paja y gruesos velos para protegerse del sol. Abrieron las sombrillas. Simone y Agnès estaban sentadas en la playa con la labor en las manos; tumbado a cierta distancia, Pierre leía un libro. Serenas, condescendientes, llenas de calma y sabiduría, tan seguras de sí mismas como las diosas que tienen en sus manos el destino de los hombres, las dos madres avanzaron hacia los jóvenes vacilando ligeramente en la arena sobre sus altos tacones puntiagudos.